

www.elboomeran.com

Paolo Sortino

Elisabeth

Traducción de Juan Manuel Salmerón



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Elisabeth
© Giulio Einaudi editore s. p. a.
Turín, 2011

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Nordicphotos / Wildcard Images, UK

Primera edición: noviembre 2012

© De la traducción, Juan Manuel Salmerón, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-7850-9
Depósito Legal: B. 26448-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

ADVERTENCIA

Aunque la mayor parte de los personajes, lugares y hechos narrados son reales, esta novela es una obra de ficción hasta en los menores detalles. Las referencias onomásticas, topográficas e históricas que coinciden con la realidad responden a la exigencia de construir en torno al dramático suceso en el que me inspiró un esquema útil para contar experiencias universales.

Entre posibilidad y elección se mueve fluctuante la total libertad de *mi* Elisabeth y de los demás personajes, a los que he inventado una vida que no quiere ser ni mejor ni peor que la real, sino sólo posible. Por eso, y aunque el relato presente a trechos cierta semejanza con los hechos reales, la presente obra no tiene ningún valor documental.

*Para Ricarda, que está muy triste
porque ha sido una chica obediente*

*Año 1979, ciudad de Amstetten, capital de Baja Austria.
Bajo la amenaza de la guerra fría, el ciudadano Josef Fritzl
obtiene los permisos necesarios para construir un búnker nuclear
en el subsuelo de su casa.*

*En diciembre de 1982, es acusado de violar a dos mujeres
y condenado a dieciocho meses de prisión. Al salir de la cárcel
termina de construir el búnker.*

Unas semanas después encierra en él a su hija Elisabeth.

1. JOSEF

EL VIAJE

Eran los últimos días y no lo sabía.

Ese año también acababa la escuela y daba paso al primer verano sin su padre, que por eso se presentaba luminoso. Hablaban de que se fuera con la familia de Rosvita, quien ya a principios de marzo la había invitado a acompañarla a las cortas vacaciones que sus padres pensaban pasar lejos, no sabía dónde. Desde entonces las dos amigas se miraban y se hacían guiños en clase. Reían de lo dulce que era esperar el viaje que por fin se realizaba.

De momento, pues, Elisabeth iba contenta a clase. Recuperaba un espacio aún libre que empezaba donde la casa terminaba. Aunque no estaba acostumbrada a salir, aunque tenía la impresión de que no sabría cómo hacerlo, bajaba el último escalón de la puerta dando un brinco de alegría. Se sentía bien. Lo bastante bien para querer vivir. Aún se le veían en la cara sonrisas inasibles.

Será que la juventud habla por sí misma, pero allí, en la escuela, donde, aunque callada, siempre participaba en los juegos, en las carreras, encontraba el principio de su segunda iniciación. Ahora que el padre ya no la esperaba en

la verja desde antes de la hora de salir, pasaba todo el rato que podía junto a los muros que separaban las aulas de los jardines. Se acurrucaba allí, y con el calor del sol en la cara saboreaba aquellos momentos de soledad, que por fin era bella, e interminable.

A su madre le bastó leerle los ojos para contestar «Vale» a la súplica de que la dejara ir. Tenía diecisiete años y era por poco tiempo. Rosemarie sintió una emoción singular, que no supo definir, por tener que decidir sola. Su marido, hombre severo, habría montado en cólera y nunca se lo habría permitido. Rosemarie se sintió incapaz como quien, no habiendo podido nunca asumir responsabilidades, de pronto contrae algunas cuando ya es tarde y comprende que ha desperdiciado el tiempo.

—Ve y diviértete —le dijo, haciéndole una caricia torpe porque no estaba acostumbrada a acariciarla. Quiso ayudarla en la sencilla tarea de meter en la bolsa lo que debía llevarse. Cohibida, prodigó demasiados consejos y la colmó de objetos inútiles. Elisabeth casi deseaba que el equipaje estuviera mal hecho, para poder seguir pensando en el viaje como en un acto de libertad. Le dijo que la dejara, que ya lo hacía ella y que se iría lo antes posible.

—Ya está casi todo decidido, mamá.

Cerró como pudo la bolsa y salió al jardín a esperar que sonara el claxon. Se imaginó a Rosvita bajando del coche y subiendo a la carrera los escalones de la puerta para tocar el timbre, o asomándose a la verja y llamándola por señas. Se cogerían de la mano y reirían nerviosamente. Partirían bajo un cielo que se habría despejado como adrede.

Los Adelmann sabían que el padre de Elisabeth estaba en la cárcel, aunque no sospechaban la verdadera razón. Estaban convencidos de que se debía a que había hecho

negocios ilegales a cuenta de la Voestalpine, la empresa en la que trabajaba como técnico electrónico y de la que lo despidieron a raíz de la condena. Su madre calló la verdad, ya que las violaciones por las que lo habían condenado escaparon milagrosamente al feroz chismorreo que en provincias ata al hombre a su culpa. También contribuyó la rapidez con que la prensa local cambió de tema. Sencillamente, Rosemarie lo aprovechó guardando silencio y dejando que el tiempo acabara de enterrar el asunto.

Los Adelmann consideraban a Elisabeth una chica como todas las demás, y eso hacía que su amistad fuera espontánea.

La acogerían como a una más de la familia. Se lo dirían con los ojos, como hacen las personas que se entienden, cada cual en su rol. Friedrich haría de padre, la señora Anja de madre y su querida amiga, Rosvita, de hermana. Pero mientras que para los Adelmann se trataba de llegar tranquilamente al lugar de destino, para Elisabeth era cuestión de irse como fuera.

Sonó el teléfono. Contestó Rosemarie. Dijo: «Ya, entiendo.» Alzó la vista y miró por la ventana que daba al jardín, en busca de su hija. La vio paseando como un potriillo que espera correr. Por la puertaventana le hizo señas de que fuera. Elisabeth había oído el teléfono y pensó que era una amiga. Pero había pasado mucho tiempo desde que su madre cogió el teléfono y cuando la llamó tenía una expresión extraña. Algo había ocurrido. Quizá los padres de Rosvita habían anulado el viaje, o quizá había algún problema con los documentos que se necesitaban para expedir su pasaporte, ya que era menor de edad. Esperó que no fuera así y subió los escalones de la casa arrastrando la bolsa como si llevara a un perro de la correa. No encontró a su madre y cruzó el pasillo. Asomó de la sombra la cara y los hombros.

Se echó a reír al verla en el tocador, con el pintalabios en la mano. Rió hasta que su madre, con la cara rígida como la de quien anuncia una muerte, pronunció el imposible veredicto:

—Tu padre viene para acá.

LAS DOS AMIGAS

Se le vino el mundo encima. Sintió que se movía hacia ella esa parte de realidad que hay bajo las cosas, como la burbuja de agua de los peces predadores. Se preguntó de qué lado podía llegar su padre. Podía agarrarla por abajo, y arrastrarla hacia lo hondo como el lucio que atrapa una libélula.

Quiso huir, y al volverse tropezó con la bolsa de viaje. La cogió con la idea de llenarla de más ropa. La de invierno, que de pronto le pareció necesaria, estaba guardada en cajas en un cuarto del sótano. Se detuvo en lo alto de la escalera. Para entrar en ciertos rincones de la casa Elisabeth tenía que coger una carrerilla de fantasías: salió de sí misma, como si fuera una cámara de aire que, sacada de su envoltorio, conserva la forma. Se vio de espaldas, su cuerpo abandonado se tambaleaba, con la boca abierta, con los pies pesados. Empujó escaleras abajo aquella envoltura hueca, pero antes de que se derrumbara volvió a meterse en ella por los hombros, como si fuera un traje de buzo.

Por la escalera encendió una serie de bombillas que colgaban como ojos insomnes. Los conos de luz creaban en el techo un firmamento artificial. De pronto todo estaba allí para asustarla. De algún modo la casa era cómplice de su madre.

Al llegar abajo encendió una pequeña lámpara de neón

que apenas iluminó un pasillo de muros húmedos que se dilataban formando una gruta cárstica. Si hubiera caído una moneda habría producido un eco interminable. Escrutó la profundidad atisbando en las tinieblas. Se había olvidado de las obras, de que había cavado allí obligada por su padre. Se preguntó si no habrían avanzado ellas solas, en ausencia de su progenitor. Siguió mirando la sombra como si fuera una criatura. Una ballena mágica criada en la tripa de un abismo privado.

Las cajas que buscaba estaban apiladas en la pared de enfrente. Las formas de las prendas, envueltas en plástico como en niebla quieta, semejaban bultos infernales. La luz de neón reflejada en los envoltorios se convertía en una nube difusa. Parecía que hubiera evaporado una cantidad inmensa de ópalo que saturaba el aire y alteraba las dimensiones del recinto.

Aquella especie de túnel que no llevaba a ninguna parte, aquella fosa horizontal, ahora que Elisabeth estaba de rodillas atareada con las cajas, crecía a sus espaldas como un presentimiento. Aunque vago, aunque apenas lo percibía, o quizá precisamente por eso, sentía como el soplo de un fuelle roto, de un aparato grande pero inservible, absurdo, como un frigorífico viejo que se caía a trozos.

Asustada, siguió preparando su fuga. Se dijo que dentro de unos minutos estaría fuera. Su padre le tendía la mano a través de aquel vacío opresivo, pero ella huiría tan veloz, que dejaría atrás la imagen de sí misma en los brazos de su padre.

Instantes después, sin embargo, ya no le pareció tan fácil huir. Los obstáculos que Josef le había puesto siempre por delante –horas prohibidas, prendas reprobadas, celos– estaban transformándose en muros mentales. Pensó que preparar una fuga definitiva requería más tiempo. Tiempo

que no acudía en su ayuda. Ella y su adolescencia eran dos amigas obligadas a jugar en un jardín de cemento. Empezaba una cuenta frenética para decidir cuál de las dos saltaría el muro y cuál se limitaría a poner el hombro. Se apresuró a coger la ropa preguntándose: «¿Qué pasaría si mi padre viniera ahora, en este momento?»

La imaginación ya no bastaba. Se esforzó por figurarse a su padre de vuelta. Así podía mirarlo sin tener que bajar los ojos. A la sensación de estar perdiendo tiempo se unía la urgencia de mirar alrededor en busca de algún objeto con el que defenderse si su padre, efectivamente, entraba en ese momento. Aquella escena que soñaba rápidamente despierta para evitar el dolor más grande, se impuso a la realidad y la paralizó. Estuvo largo rato con la cabeza gacha, mirando fijamente el suelo por el círculo que formaban sus rodillas, como quien ha olvidado lo que estaba haciendo pero sabe que era algo muy importante y urgente.

La sobresaltó la voz de su madre, que la llamaba como si estuviera en un pozo. Se agarró a ella como a una cuerda.

Rosemarie estaba en el umbral de la puerta de la escalera, y al ver la expresión furiosa de la hija se preocupó. Pero a Elisabeth le dio lástima el vestido de estar por casa, aquellas florecillas estampadas que ceñían, deformándose, el cuerpo de mujer mayor. Si a su madre le hubieran dicho alguna vez palabras inocentes, las habría reconocido cuando Elisabeth, apartándola para pasar, murmuró:

—Déjame en paz.

Si debía luchar contra la adversidad de tener de nuevo a su padre en casa, como si fuera una tormenta que hay que afrontar, por lo menos que no hubiera idiotas de por medio.

Y pasó con la frente bien alta, más que por orgullo, por necesidad de respirar a pleno pulmón. Su madre intentó

retenerla, pero al ver que se le escapaba corrió a la puerta y le cortó el paso, y cuando consiguió que le prestara atención, y como si se le hubiera ocurrido una idea genial, le dio una bofetada. Elisabeth se llevó instintivamente una mano a la cara. La mirada humillada aplacó a su madre, y así le fue más fácil aguantar la afrenta. Empezó su viaje llorando, como quien viene al mundo.

LA ÚLTIMA NOCHE

Sobre ella, el cielo era de una serenidad incómoda.

Llevaba la mirada fija en la punta de los pies, que daban pasos alternándose ligeros como pistones de la máquina perfecta en la que le habría gustado transformarse para acelerar la fuga. Todas las direcciones a las que miraba le parecían claras, pero ninguna le sugería un destino. Las señales de tráfico eran muchas para quien tenía la libertad de ir a donde quisiera, pero no para ella, que acababa de conquistar esa libertad. Llevaba la chaqueta atada a la cintura, se colocaba sin parar el bolso en el hombro.

Cambió de calle varias veces. Subió hasta Wiener Strasse, cuyo nombre le procuró cierto alivio, pues le indicaba el camino hacia Viena. Entonces escuchó. Aquella ciudad sonaba como una campana que anuncia el final de la guerra. Allí desaparecería de verdad. Habría una multitud inmensa, las luces y las sombras serían infinitas. Encontraría el mundo del revés en una confusión de calles, laberintos inextricables, voces, nombres; le saldrían al paso mil señales, tantas que impedirían orientarse incluso a un adulto. Siguió adelante, sintiéndose decepcionada, burlada, violada incluso en aquel poco espacio que se había hecho junto a su vida, más acá del dolor. Su padre siempre, y ahora su madre, habían

entrado en el reducto que se había excavado junto al corazón con esfuerzo, quitando al cuerpo kilo tras kilo como si quitara tierra a la tierra.

La noche lo había envuelto todo. Se volvió infinidad de veces con no se sabe qué temor para asegurarse de que nadie la seguía. Trató de contener el llanto para que no la oyeran. Estaba sola, y eso le procuró un extraño consuelo. Quizá lo había conseguido. Ahora tenía que llegar a Viena. Nada quebrantaría la certidumbre de haber hallado por fin su punto de unión con el mundo. Se durmió en un banco en medio de un parque desierto, encogida en la chaqueta que no la tapaba del todo. Al día siguiente emprendería el viaje.

LAS MANOS MANCHADAS DE SANGRE

A las cinco de la mañana la despertaron dos agentes que estaban de servicio patrullando las calles. Sus razones no los convencieron y la condujeron a casa.

Cerca ya de las baldosas de la puerta principal, Elisabeth vio la casa envuelta en las llamas de un inmenso incendio. Pero la mecha que se imaginó encendiendo con la fuerza del pensamiento no ardió, ni se hundieron las paredes que quiso derribar agitando los brazos. Se encerró en el silencio. No tocaría nada ni dejaría que nada la tocara.

La puerta de la verja que daba al garaje estaba entornada, luego era verdad que su padre había vuelto. En aquel momento debía de hallarse allí detrás, en el jardín, haciendo algo, con su empeño de siempre. Debía de haber oído llegar el coche patrulla, a los agentes decir el nombre de su hija e invitarla a apearse, y ahora fingía que no se percataba, para que los policías, si luego lo veían en casa por la gran ventana, le vieran la expresión desconsolada del padre afligido.

Fue a abrir su madre, que enseguida se abalanzó sobre ella y le tomó la cara entre las manos, las mismas manos con las que la abofeteó el día anterior. Elisabeth advirtió de nuevo en los dedos de Rosemarie la insolencia de aquel gesto, como un calor que no calienta. Se apartó, con un movimiento aparatoso, para que los policías entendieran lo que no acertaba a denunciar con palabras. Pero ellos no lo notaron, sino que, quitándose el sombrero, aceptaron la invitación a entrar de Rosemarie.

Pasaron al salón, donde lo primero que se veía era la gran chimenea que Josef había construido, con un sistema de tomas de aire que hacía que tirase magníficamente. Estaba orgulloso de ella y no entendía por qué a sus hijos nunca les había gustado estar allí aquella hora o dos que él exigía que todos pasaran juntos ante el fuego. Durante años, hacia las seis de la tarde, los obligaba a sentarse allí en silencio. Sólo cuando se consumía la primera carga de leña —y ya era transigir con la impaciencia de los hijos—, dejaba que cada cual volviera a lo suyo. A excepción, pues, de aquel período, en el que la presencia de los hijos había llenado aquella estancia de olor, de ruido, de desorden, de cierta vida, el salón se convirtió en un lugar en el que algún día la única amenaza sería el polvo.

Elisabeth pensaba moverse por aquellos espacios como un estrategia que tiene la ventaja de conocer el campo de batalla. Como hicieron sus hermanos durante «la edad del fuego» (como llamaban a su infancia por la obsesión que tenía el padre con todo lo que ardía), así ella lo contentaría en asuntos de poca monta, esperando el momento de huir por segunda vez en cuanto fuera mayor de edad.

Rosemarie invitó a sentarse a la mesa a los agentes y desplegó todos aquellos falsos modales que se usaban en las

familias de antes para entretener a los invitados. Elisabeth no se movió del amplio sofá. Dejó que el más joven de los policías cruzase su mirada varias veces. El muchacho, alto y robusto, la miraba alelado, y ella aceptó aquel sencillo halago como una compensación del viaje frustrado.

Cuando el policía de mayor edad se interrumpió, Rosemarie se dirigió al joven de uniforme:

—A usted, muchacho, nunca lo había visto con el teniente Meier.

—Agente raso Albert Habicher, señora —contestó el muchacho, poniéndose en pie con orgullo.

Rosemarie se volvió hacia el teniente y sonrió, y el teniente le correspondió con un gesto de complacencia, tras lo cual hizo a su subordinado una seña para que se sentara.

—Me alegra ver que nuestra mejor juventud se pone al servicio de la seguridad —continuó ella mirando con complicidad a Elisabeth, quien, sin embargo, bajó los ojos.

—¿Le apetece una taza de té, señor Habicher?

—Con mucho gusto, gracias.

—Elisabeth, anda, ve a la cocina y prepara té para nuestros invitados. ¡Qué menos! No vamos a privarnos de gozar un ratito de su compañía, después de la buena obra que han hecho.

Alejada su hija con ese pretexto, Rosemarie siguió representando su pantomima de madre amorosa.

Al entrar en la cocina, Elisabeth se sintió embestida por la luz que entraba de fuera. Al fondo del jardín se elevaba una fila de altos abetos entre arbustos y zarzas que, aunque cuidados, daban una impresión de hostilidad. Al pie de ellos se extendía la hierba verde, que el padre mantenía uniformemente cortada. Reparó en un bulto que había allí, se acercó para verlo mejor y se detuvo intrigada. A distancia

pero claramente visible a la luz del sol que quemaba, en el espacio que había entre los árboles y la trasera del garaje vio a su padre golpeando un saco de arpilleras contra un muro; lo hacía con tanta violencia que del saco saltaban fibras.

Lo observó preguntándose qué estaría haciendo, pero cuando vio que se volvía a casa corrió a encerrarse en su habitación. Echó la llave, la sacó de la cerradura y se la llevó al pecho. La tenía, pero era un arma inútil. Se volvió para no dar la espalda a la ventana. Y de nuevo para no darla a la puerta. Tenía miedo de exponerla a aquellos puntos por los que podía abrirse una brecha, como si la ventana y la puerta, las partes más frágiles del cuarto, pudieran contagiarla de debilidad. Y se volvió otra vez, y otra, hasta que las paredes empezaron a darle vueltas. Y entonces cayó de rodillas y luego de bruces al suelo.

Su padre se detuvo en el umbral de la puertaventana y vio al agente joven, quien, al oír los portazos, pensando que Elisabeth se había escapado por detrás, había entrado en la cocina para asomarse al otro pasillo. Josef dejó caer el saco y se limpió las botas antes de entrar. Entonces lo vio el muchacho:

—Buenas tardes, señor Fritzl, soy el agente raso Albert Habicher. Perdona la curiosidad, pero quería saber si estaba aquí su hija. La hemos traído a casa, pero ya sabe, está algo turbada.

Josef lo tomó afablemente del brazo y lo condujo al salón. Al teniente le tendió los brazos, ladeando la cabeza y con una expresión alegre, como si dijera: «Ha sido un placer», con los modales del perfecto anfitrión que se ha divertido.

Y mientras Elisabeth, que había vuelto en sí, veía con la nariz pegada al cristal de la ventana que en el saco que su padre había dejado en el suelo se movía algo, Fritzl, en el salón, después de abrazar campechanamente al teniente, que

se había puesto en pie al efecto, con la mano en la espalda, como quien no quiere la cosa, lo llevaba ya hacia la salida. Seguido de su mujer, que se despedía de los agentes y los invitaba a volver otro día, se cercioró de que nadie se quedaba atrás. Se los había quitado de en medio sin necesidad de decir una sola palabra. Le había bastado con sonreír.

Cuando volvieron a la cocina, vieron a Elisabeth acullada en el suelo, llorando y temblando. Tenía las manos sobre el saco abierto y miraba fijamente unos gatitos que el padre creía haber matado. La sangre de los animales había permeado el tejido y le manchaba las manos.

TERCERA PERSONA

Los días siguientes Josef la evitó. Incluso a mediodía comía rápido para encerrarse en el garaje. Quería reanudar las obras de ampliación del sótano y a la semana Elisabeth y su madre lo oyeron hablar por teléfono con un proveedor de material de construcción. Pidió tal cantidad de cosas que necesitaba para las obras, que se quedaron pasmadas, aunque pensaron que era por la manía de querer tenerlo todo controlado, aquella obsesión que tenía por comprar cosas en abundancia para que no le faltase de nada, y que le había hecho acumular en casa nada menos que cuatro frigoríficos y tres neveras antiguas de un metro cúbico de capacidad.

Pidió sacos de cemento, yeso, ladrillos macizos y perforados, ladrillos refractarios, placas y paneles aislantes, tuberías con el diámetro adecuado para el agua y el gas, macarrones para la instalación eléctrica, todo lo necesario para construir un refugio en el que cupieran decenas de personas.

Ni Elisabeth ni su madre sospechaban que la mayor

parte de aquel material no sería usado en extensión, sino en grosor.

Aquella mañana Josef se levantó temprano. Limpió el patio que había al lado de la casa, comprobó que los utensilios funcionaban, despejó todos los rincones que pudo para dejar sitio al material que le traían a primera hora de la tarde. No entró en casa hasta la hora de comer, y entonces se dijo que era el momento de hablar con Elisabeth. Tenía que decir pocas palabras pero exactas, y sobre todo en poco tiempo, antes de que los interrumpiera Rosemarie llamándolos a la mesa. Con el tiempo así de justo, no tendría que mirar a Elisabeth a los ojos mucho tiempo ni sentirse apurado.

Estuvo un rato ante la puerta de la habitación, sin decidirse a girar la manivela. Por el ojo de la cerradura vio que la llave no estaba. Conociendo a su hija, seguramente la había quitado para guardarla en sitio seguro. Fue a buscar otra y tuvo cuidado de introducirla sin hacer ruido. Elisabeth podía ser presa del pánico enseguida, y todo el esfuerzo que había hecho por guardar las distancias y hacerla creer que la cárcel lo había cambiado habría sido vano. Pero si entraba sigilosamente la pillaría por sorpresa, fluctuando entre el desconcierto y la duda, y preguntándose si se habría olvidado de cerrar la puerta con llave.

Giró la mano y corrió el pestillo. Abrió la puerta y entró. Ella tenía ya la mirada vuelta en esa dirección. Se le acercó y se sentó al pie de la cama. Quiso alargar la mano y tocarle la cara, pero prefirió evitar gestos que luego serían difíciles de controlar. Se limitó no tanto a fingir como a decir sólo una parte de la verdad:

—Cariño, papá ha vuelto a nacer. Ya no volverás a tenerle miedo. Sabe que te perdió hace mucho, pero puedes estar

segura de que volveréis a encontraros y estaréis juntos. Sin más dolor, cielo. Sin más miedo.

Ella permaneció en silencio unos instantes. Luego dijo:

—¿Dónde tenías la llave maestra con la que has abierto la puerta?

—No es ninguna llave maestra, cielo. Cualquier llave abre cualquier puerta.

Elisabeth trató de entender. Mientras creía intuir la razón por la que el padre hablaba de sí mismo en tercera persona —precisamente como si hablara de otra persona—, se dio cuenta de lo fácil que le había sido burlar sus defensas y entrar en la habitación.

Se había abierto camino en ella de una manera tan quirúrgica que, al pronto, Elisabeth no se había dado cuenta. Si a cada puerta no correspondía ya una sola llave, sin duda había que buscar una que las abriese todas; una ganzúa que se saltase la regla, capaz de forzar todas las entradas de la comprensión.

EL REGALO DE CUMPLEAÑOS

A primera hora de la tarde trajeron el material. Josef contrató a albañiles que encontraba trabajando en la calle, a los que pagaría a diario. Los había escogido con cuidado, a dedo. De buen grado les habría examinado la boca, mirado los dientes, como se hace con los caballos que se compran. Había elegido a los más fuertes, no a los más jóvenes, porque no quería ver por casa a muchachos de la edad de Elisabeth que pudieran atraer su mirada. De los que tenían algún defecto corporal, o algo feo en la cara, se hacía más amigo, y les regalaba cartones de tabaco y botellas de licor, que luego daban pie a peleas que él debía apaciguar. Rosemarie

no comprendía el porqué de aquellas propinas que daba además del sueldo pactado, y trató de decirle que le parecían un gasto inútil. Enfurecido por aquella secretaria demasiado diligente que se entrometía, tuvo que sentarle la mano. No soportaba oírle hablar de dinero, siempre de dinero. A saber lo que diría si supiera el capital que se había gastado ya en construir la otra parte del sótano, la secreta, sobre la que, guiñándoles el ojo, había pedido a los albañiles particular discreción, «porque ya sabéis cómo son las mujeres, se meten en todo, no entienden nada y se preocupan sin motivo».

Todo marchaba según el plan que había trazado y pegado en lo alto de la escalera exterior, que comunicaba el rellano de la entrada principal con el sótano. Subía y bajaba constantemente para marcar a lápiz las sucesivas fases de las obras. Día tras día se gastaban sacos de cemento según sus instrucciones. Parecía imposible llevar bajo tierra tanto material por la sencilla puerta de entrada, que se había convertido en un agujero negro tras el cual la materia cambiaba de forma.

Hasta que, tal como había empezado, todo terminó. Barrieron el polvo que los sacos habían dejado en el suelo, el viento se llevó los restos y todo volvió a la normalidad. El patio quedó de nuevo despejado y el jardín volvió a respirar, aunque aún quedó apilado en un rincón parte del material: media tonelada de yeso y cemento rápido, tela metálica para encofrar, doscientos metros de tubo corrugado y cable eléctrico.

Josef realizó solo los últimos trabajos: levantó una pared de medio metro de grosor delante de las habitaciones, y luego otras dos del mismo grosor, y las comunicó por medio de tres puertas blindadas de no más de metro y veinte de altas, que él mismo diseñó y cuyos componentes ensambló.

En la exterior instaló incluso un sistema de apertura electrónico, con teclado y códigos digitales. Entre las paredes quedaron dos espacios que tenían una doble función: aislar acústicamente los recintos y servir de trastero.

La parte nueva constaba de tres cuartos sucesivos comunicados por pasillos de apenas cincuenta centímetros de ancho. El búnker propiamente dicho, que ocupaba una superficie de treinta y cinco metros cuadrados y no tenía más de un metro setenta de alto, estaba dividido en dos habitaciones, una a la que se accedía al entrar, y otra al fondo, en la que estaban las camas. En el espacio que las separaba había una cocina a un lado y un pequeño baño al otro, ocupando sendos entrantes. Los habían construido en medio porque por allí bajaban los desagües de los pisos superiores.

La última pared que Josef había añadido después de despedir a los albañiles, para que ni ellos supieran lo escondida que debía quedar la entrada, seguía exactamente el perímetro del antiguo sótano. Parecía el muro de siempre. Josef no dejó más que una pequeña puerta, que tapó con una estantería vieja.

Faltaba poco para que Elisabeth cumpliera dieciocho años. Rosemarie quería organizarle una fiesta, con la esperanza de borrar de su cara aquella expresión de profunda tristeza.

Una semana antes de la fiesta empezaron dos cuentas atrás: Elisabeth se preparaba para alzar el vuelo para siempre, y su madre confiaba en que una fiestecita colmase el vacío afectivo que con el tiempo se había creado. También Josef hacía sus cuentas, viendo que se acercaba el día del regalo más grande: el regalo que había preparado con sus propias manos y que estaba deseando ver funcionar. Sólo que él había empezado a contar antes que su mujer y su hija.

O quizá era que el tiempo se había acelerado para él. El caso es que llegaría a cero antes que ellas.

A media tarde Rosvita, que había vuelto del viaje, fue a ver a Elisabeth. Como amiga del alma que era, trató de animarla, y dijo que no se había divertido porque sus padres siempre estaban con ella. Rieron como de una mentira evidente, pero Elisabeth tuvo algunos momentos de paz.

Habían ido a hablar al jardín y estaban sentadas en un murete. Cuchicheaban sobre los dieciocho años que estaban a punto de cumplir. De pronto apareció Josef: había estado en el sótano dando los últimos toques –como si pusiera la cinta al regalo– y ahora, después de subir las escaleras, cruzar la planta baja y salir por la puertaventana, aparecía allí, a un lado de la casa. El trabajo que había querido ultimar, fuera cual fuera, estaba hecho. Limpiándose las manos con un paño empapado en disolvente, escrutaba el horizonte. Elisabeth estaba de espaldas y no podía verlo. Reparó en él Rosvita, y le pareció que tenía una expresión extraña, como si estuviera agotado y buscase un lugar donde descansar la frente.

Josef sabía bien que incluso una simple palabra podía ensombrecer el humor de su hija y permaneció en silencio para darle un instante más de sol. Sintió que el pecho se le henchía de expectación y dejó que se colmase. Entonces llamó a su hija y le pidió que entrase y lo ayudara a montar una puerta. Elisabeth despidió a su amiga. No volvería a verla.

Una vez abajo, le explicó lo que había que hacer. Se trataba de colocar una puerta en sus goznes. La pusieron en un carrito de madera y la arrastraron trabajosamente hasta la primera puerta de la zona nueva. Elisabeth experimentó

una sensación de opresión y sintió que le faltaba el aire. Su padre la empujaba con la misma puerta que, ella tirando y él empujando, habían llevado hasta allí. Al tiempo que con palabras le decía que se diera prisa, con las manos la empujaba cada vez más adentro.

—¡Entra —le decía—, entra!

Y ella hacía lo que él decía y entraba de espaldas.

Josef cerró con llave la que ella creía que era la puerta de la última habitación del sótano, y metió la llave en el mosquetón que llevaba al cuello, mirándola a los ojos. Elisabeth creía haber entendido: ahora la agarraría y volvería a violarla.

Pero no: se le acercó y estirando el brazo para guardar la distancia, le tendió un pañuelo de tela doblado varias veces.

—Huele.

Ella dio un paso atrás pero él la tranquilizó.

—Vamos, no tengas miedo.

El pañuelo cambió de mano. Elisabeth, sin apartar la mirada de la de Josef, se lo llevó lentamente a la cara y acercó la nariz. Si le daba aquel pequeño gusto, a lo mejor evitaba lo peor.

Olió el pañuelo y sintió un vapor acre y penetrante que le subió a la cabeza. Los párpados se le cerraron un poco. Josef entonces dio un paso hacia ella, la estrechó contra sí y oprimió el paño contra su cara. Elisabeth perdió el conocimiento. La arrastró por los tobillos hacia dentro, a través de las pequeñas puertas.